

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Esplendor de Kis

Danilo Kis llevaba en la sangre buena parte de la terrible historia del siglo XX. Nacido en Subotica, actual Serbia y Montenegro, en 1935, su padre fue un judío húngaro asesinado en los *lager*. Su vida intelectual en la desaparecida Yugoslavia se fraguó en Belgrado, pero sus días de genio acabaron en París, ciudad en la que se suicidó en 1989 tras una década de exilio voluntario. Por fortuna para él, no llegó a conocer la guerra civil que devoró a su país desde 1991, acontecimiento ya presentado en su libro *Laúd y cicatrices*. La literatura de Kis, una de las más audaces y hermosas escritas tras la Segunda Guerra Mundial, obedece a unas pocas pautas obsesivas, entre las que destaca la interrelación que existe entre la biografía individual, siempre fragmentaria, inaprehensible, objeto de constante reescritura, y la Historia concebida como fábula y erigida sobre una épica falsa, infecciosa, alienante, una comunión que permite a Kis reflexionar sobre su tema favorito, la intolerancia, hasta el punto de que su obra puede ser admirada como uno de los más fecundos análisis acerca del Gran Terror y sus ramificaciones por la llamada Europa del Este.

Veintitrés años después de la traducción que Pilar Gil Cánovas realizó para Seix Barral, *Una tumba para Boris Davidovich* (El Acantilado), en versión de Nevenka Vasiljevic, avanzó en noviembre del pasado 2006 el primer hito de la que promete ser la edición, al fin completa en castellano, de la obra de Kis. Este libro magistral, que bien podría haberse titulado *Otra historia universal de la infamia*, recoge siete historias unidas entre sí por sutiles vínculos y que, excepto en un caso, afectan a personas que, de una forma u otra, estuvieron en relación con los traicionados afanes de la Revolución Soviética. Basta leer «El mágico circular de los naipes», quizá el mejor relato de los que conforman este *tour de force* que es *Una tumba para Boris Davidovich*, para constatar que el talento de Kis para la ficción era solidario con su concepción de la literatura como única herramienta —en palabras de Joseph Bordsky, prologuista de excepción de esta obra capital— capaz de fundar una respuesta que liberase a los hombres de su condición de «esclavos de su propia experiencia». La creencia de Kis en ese raudal emancipador de la escritura hace de su obra uno de esos raros ejemplos que conducen a una senda casi olvidada en la actualidad: la que concibe a la literatura como la única patria, bandera y religión del hombre libre. ■